

Aquel domingo Laura se despertó a las seis de la mañana. Su marido dormía pesadamente junto a ella; de manera que se incorporó con cuidado y deslizó los pies hasta el suelo, donde le esperaban unas zapatillas estratégicamente situadas. La casa estaba fría.

Pero ella disponía de unas horas de libertad hasta que Inés y Carlos se despertaran y decidieran levantarse. Se colocó una bata gruesa y tras observar de forma rutinaria el sueño de su hija, llegó al salón, desde donde contempló un amanecer urbano cuyas impresiones memorizó para trasladarles luego a su diario.

Hizo café y con la taza humeante entre las manos salió a la terraza, ofreciendo su melena y su perfil a la ciudad dormida. El sol comenzaba a levantarse, como un globo, por detrás de los edificios cercanos a Barajas. Miró los tejados, respiró y buscó la línea recta imaginaria que unía su casa a la de Julio.

JUAN JOSÉ MILLÁS, *El desorden de tu nombre*.